

De Tiananmen a Estocolmo

José Manuel Martínez Cano

La concesión del Premio Nobel de Literatura del 2000, otorgado hace unos días al escritor y pintor chino Gao Xingjian ha pillado desprevenida a gran parte de la crítica especializada de nuestro país, y la que no es especializada, a la hora de glosar tan magno evento, ya que las apuestas cotizaban diez a uno a favor de los sempiternos aspirantes Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Salman Rushdie, etc. Algo, por otra parte, natural y lógico, a no ser por las razones geopolíticas que a veces determinan el criterio de los académicos suecos y despistan al personal. Este país, el nuestro, que consume 100.000 ejemplares del plagio tontería de Ana Rosa Quintana, ya saben, ese "Sabor a hiel" que le confeccionó un "negro", perezoso y, seguramente, mal pagado, no tiene en los estantes de su excesiva producción anual -más de sesenta mil títulos en uno de los últimos ejercicios- traducción alguna de las obras de Gao Xingjian, a pesar de poseer éste nacionalidad francesa desde el 88, representarse sus obras en el cercano Festival de Avignon y existir varias cátedras de estudios chinos. Claro que en todas partes cuecen habas, pues hasta el todopoderosísimo Harold Bloom, el orondo crítico literario que beatifica o condena escritores, tampoco había leído a Gao. Desconocimientos que

En los tiempos que corren debe ser el escritor conciencia moral y espejo de ética, y obligados están éstos a denunciar el horror y las desigualdades sociales imperantes en el mundo

no deben empañar la presunción de calidad del autor de "Parada del autobús", el texto más pernicioso escrito desde la creación de la República popular, según las autoridades de ese país.

China, que inventó el papel y la tinta hace más de tres mil años, es poseedora de una cultura milenaria de gran calado espiritual, aunque en su último periodo histórico, el reciente, ha pisoteado los derechos humanos en la escenografía de donde procede este poeta y dramaturgo, bebedor de la sabiduría de Confucio y de las técnicas novelísticas

de Flaubert y Proust, de la teatralidad de Becket y Ionesco, pero prohibido en China, región que representa la cuarta parte de la humanidad y que ahora ignora que por primera vez en su historia tiene un premio Nobel.

Yo, como la mayor parte de los españoles, apenas conozco la obra de Gao, salvo algunos poemas y obritas de teatro leídas en casa de Fernando Arrabal, en París, escritor también en pasado exilio y del que en estos días han echado mano agencias y teletipos para crónicas curriculares de urgencia, por la amistad que le une a Gao, pertenecientes am-

bos a los sátrapas del círculo de Milan Kundera. Arrabal, que anduvo el pasado fin de semana por Albacete, ha manifestado al respecto: "Gao es un hombre muy valioso y valiente y con quien no han podido los tanques de la plaza de Tiananmen. Se podría decir de él que es el patriarca de lo inútil y lo científico. Es el hombre que sabe manejar mejor que nadie la imposibilidad de ser escritor, y lo demostró ante los tanques que lo echaron de su país. Una vez dijo que el escribía para esconderse y para mostrarse, y yo creo que se ha escondido siempre y se ha mostrado siempre".



Desde el conocimiento de otros y desde su arrojo personal por oponerse con sus armas de escritor a la tiranía de Deng Xiao Ping, quien llegó a decir que los escritos de Gao, por su universalidad y libertad, envenenaban el aire espiritual que respiraba el pueblo chino, creo, y estoy casi seguro, que la academia sueca dio y acertó con esta distinción, como con anterioridad ocurrió con Dario Fo, Saramago, Günter Grass, pues en los tiempos que corren debe ser el escritor conciencia moral y espejo de ética, y obligados están éstos a denunciar el horror y las desigualdades sociales imperantes en el mundo. También, y por encima de todo, deben prevalecer valores puramente literarios como parece ser que, a tenor de comentarios vertidos por especialistas, como Sean Golden, profesor de pensamiento Chino en la Universidad Autónoma de Barcelona y Taciana Fisac, profesora de Lengua y Cultura China en la Autónoma de Madrid, Gao es un esteticista del espíritu, que trata de involucrar en sus obras al espectador-lector, a través de la cultura milenaria china y de la contemporaneidad más inmediata, como refleja "La montaña del alma", acaso su obra más emblemática y, a juicio de la academia sueca, abre nuevos caminos a la novela y al drama chino.

Pero que duda cabe que para muchos será un autor descafeinado de las esencias orientales, no en vano es licenciado en francés por el Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín y Chirac, con su ministra de cultura Catherine Tasca, ya se ha hecho acopio del mismo declarándole escritor francófono pero de raíces chinas. Espero que podamos leer muy pronto en castellano a Gao, mientras tanto de su colega Confucio, a ese sí que le hemos leído, le entresaco del Chang-Lun, o libro primero de los coloquios filosóficos, un aforismo que se le presupone a Gao Xingjian: "Que el pensamiento y la escritura estén fijos constantemente en los principios del recto sendero". Sendero, sin duda, honesto el de un disidente que emprende un nuevo y esperanzador trayecto que le lleva de Tiananmen a Estocolmo. De la opresión a la libertad.